

secreto, y no escandaliza al mundo con el abuso que hace de la virtud, mas de lo que le escandalizan los mismos pecadores con los excesos de sus vicios.

Finalmente; nuestro zelo debe ser caritativo, y esta es su ultima circunstancia; pero para esto es necesario que nos compadezcamos de las caídas de nuestros proximos en vez de exasperarnos con sus flaquezas; es necesario manifestarlos mas compasion que zelo, mas agrado que rigor, mas amor y mas deseo de su salvacion que indignacion y horror por sus culpas. El verdadero caritativo no mezcla el veneno de la malicia con los santos officios de la caridad, no confunde el zelo con la satyra, ni el genio con la correccion; sabe hacerse amar, aun quando no se puede excusar de reprehender; hace mas amable la virtud con sus buenos modos, que temible con sus censuras; sabe ganar los corazones antes de reprehender las flaquezas; y con su agrado sabe hacer que los pecadores se pongan de su parte contra sí mismos; finalmente, el verdadero caritativo tolera para que su reprehension produzca mejor efecto, y no intenta hacer ostentacion de su zelo con sus reprehensiones, sino ser util para la salvacion de su proximo.

¡O Catholicos! Vosotros, los que haceis pública profesion de la piedad, ¡qué motivos no dais todos los dias al mundo para que murmure de la verdadera virtud, al veros faltar en estas reglas! Ya os lo he dicho muchas veces, y no debiera cansarme de repetirlo, pues este es el pretexto mas universal y mas plausible de que siempre se vale el mundo para preferir la vida mundana á la de la piedad, teniendola por menos segura para la salvacion que la del mismo mundo. Haceis odiosa la virtud, porque la haceis aspera é intratable; la quitais aquella afabilidad que tiene, y que es tan propia para ganar los corazones; dais motivo para que el mundo piense que la virtud, aquel don de Dios, aquella sabiduria del cielo, aquella regla de todas las obligaciones, aquel dulce lazo de la sociedad, no es mas que un genio aspero y desabrido, una hinchazon del

del corazon, una impertinencia y ridiculéz de animo; un veneno de la sociedad y de las concurrencias; y en una palabra, un zelo amargo para los demás, y una ciega y excesiva condescendencia para consigo mismo: restituyamos, pues, á la virtud con nuestro cuidado lo que la hemos quitado con nuestras flaquezas: es verdad que jamás conciliaremos con ella al mundo, pero á lo menos le obligaremos á que la respete; no podemos hacer que esté absolutamente libre de sus burlas y censuras, pero á lo menos solamente despreciarán la virtud los que desprecien la religion; corriamos á nuestros proximos edificandolos, y no exasperandolos. Quando la obligacion nos precise á reprehender, debemos haber dispuesto antes los caminos á nuestras instrucciones con nuestro exemplo; viviendo bien, lo decimos todo; y el mundo respetará una virtud que nada se perdona á sí misma, y que parece que lo perdona todo á los demás. De este modo condenan al mundo la penitencia, los abatimientos, y el zelo del Precursor; ahora nos falta verle á este condenado del mundo por los mismos caminos por donde él vino á condenarle.

SEGUNDA PARTE.

SI la vista de los justos es una especie de juicio anticipado que condena al mundo, puede muy bien decirse que la corrupcion del mundo se forma acá en la tierra un tribunal, en el que siempre han sido condenados los justos. Estos son dos tribunales opuestos, dice San Agustin, que siempre pronuncian mutuamente el uno contra el otro anathemas y decretos de muerte; y lo que mas admira es que muchas veces los mismos objetos que dán al uno motivos de condenacion, forman los decretos y juicios del otro. Ya hemos visto que la penitencia, la humildad, y el zelo del Precursor condenan al mundo; ahora veremos como en su penitencia, en su humildad, y en su zelo halla el mundo ocasiones para condenarle.

En

En su misma penitencia: A la verdad, Catholicos, ¿qué movimientos de respeto, de admiracion, y de amor á la virtud no debiera excitar en el espíritu de los Judios la vida celestial del Precursor? ¿Qué Profeta se habia visto hasta entonces en la tierra mas austero en sus costumbres, mas heroyco en su pobreza y desinterés, mas apartado de todo lo que puede lisongear aun los mas inocentes deseos de la naturaleza? Con todo eso, aquella vida tan austera, aquel retiro tan profundo, aquel despego tan universal y tan propio para hacer glorificar al Señor en sus Santos, halla entre los Judios burlas y censuras. En vez de admirar la fuerza de la gracia, y el don de Dios que tanto pudo ensalzar á una criatura miserable sobre su propia flaqueza; en vez de inferir de estos grandes exemplos de austeridad que nosotros lo podemos todo en el que nos conforta, y que las quimericas dificultades que siempre hallamos en la severidad de la ley, mas son vanas excusas para nuestras transgresiones, que razones legitimas que nos eximan de su observancia; en vez de bendecir las riquezas de la bondad del Señor, que todavia se digna de tiempo en tiempo, y en los siglos mas corrompidos, de sacar de los tesoros de su misericordia estos hombres extraordinarios, y manifestar estos grandes espectáculos á la tierra, para animar á los flacos; confundir á los pecadores, y dar nuevas pruebas de la religion contra la impiedad y el libertinage, miran los santos excesos de la penitencia del Bautista como una ilusion del espíritu impostor que le engaña y anima, como un frenesí que se ha apoderado de sus sentidos y de su entendimiento, como un triste vapor que le turba, y le hace olvidarse de lo que debe á su cuerpo, porque no se halla en estado de sentir, ni de conocerse á sí mismo; finalmente, como un espíritu poseído del amor de la singularidad, que sacrifica al Demonio de la vanidad, y á una complacencia insensata los mas vivos movimientos, y las mas inocentes inclinaciones de la naturaleza. *Venit Joannes neque*

man-

manducans, neque bibens, & dicunt: Dæmonium habet (a).

Esta ha sido en todos tiempos, Católicos, la suerte del mundo; siempre ha abusado para su perdicion de los socorros que la bondad de Dios le habia dispuesto para su salud. Porque, Católicos, no puedo menos de atreverme á decirlo, y pues vengo aquí á edificaros, nada quiero omitir de quanto pueda servir á vuestra instruccion; ¿qué impresion hacen en nosotros los dones que comunica la gracia á los siervos de Dios, quando los lleva por unos caminos rigurosos y singulares? ¿Qué pensais que decís de aquellas almas, que impelidas del Espíritu Santo, mudan en presencia vuestra las distracciones del mundo en retiro, los placeres en lágrimas, y los encantos de la sensualidad y del regalo en austeridad y penitencia? ¿Qué pensamientos despiertan en vosotros estos grandes exemplos, estas felices singularidades, estas prodigiosas pruebas del poder del Señor y de su misericordia para con los hombres? ¿Os mueven estos prodigios? ¿Os edificais á lo menos? ¿Envidiais su suerte? No, Católicos; al contrario, tratáis sus santas austeridades de singularidad y flaqueza, su retiro de extravagancia de genio, y sus lágrimas de pusilanimidad; unas veces todo os parece un puro fingimiento, y que es un vano deseo de señalarse el que las impele y anima; otras, una llamarada de la complexion, que persuadiendose á que sigue los movimientos de la gracia, no hace mas que dexarse llevar del ímpetu de la naturaleza; otras, una flaqueza de espíritu, que no ve las cosas al natural, y que solamente gusta de los extremos. *Venit Joannes neque manducans, neque bibens, & dicunt: Dæmonium habet.*

¿Qué mas diré? ¿Quántas censuras y quántas murmuraciones se oyen disfrazadas con un ayre de moderacion

(a) *Matth. II. v. 18.*

Tomo VII.

N

ción y prudencia? No hablo aquí de las burlas que los impíos y libertinos hacen todos los días de la virtud. ¿Pues cómo es posible que no temiendo estos á Dios respeten á los hombres; ni qué estimación puede tener la virtud para los que miran como una quimera al Autor de todos los dones y de la misma virtud? Hablo de los mas prudentes entre los mundanos, de aquellos hombres prudentes segun el siglo, que no blasfeman contra el Espiritu Santo, como el impío, pero que quieren juzgar de los dones de Dios, y de locura de la Cruz por la falsa sabiduría del hombre. ¿Qué inconvenientes no hallan en las santas austeridades, y en las dichas lágrimas de la penitencia de los justos? Quisieran una virtud mas moderada, y que no se hiciese tan reparable; se quejan de que una virtud demasiado austera en vez de alentar á los que la ven, los desanima: continuamente están diciendo que los que empiezan con tanto fervor, nunca adelantan mucho; que la prudencia no dicta el que se emprenda todo lo que es posible, sino que se lleve adelante lo que una vez se ha emprendido, y que muchas veces es la vanidad la que nos induce á unas singularidades que queremos atribuir á la gracia. *Venit Joannes non manducans, neque bibens, & dicunt: Dæmonium habet.* ¡Oh vana prudencia de los hijos de los hombres! ¿te corresponde á tí levantarte contra la sabiduría de Dios, y contra los admirables medios de su gracia y de su misericordia para la santificación de los justos?

Pero no os parezca, Católicos, que una virtud mas suave y mas común halla mas indulgencia en el mundo. El mismo mundo, que tanto predica á los justos la moderación, que tanto censura los excesos de su piedad, y que condena tan abiertamente estas falsas singularidades, este mismo mundo, luego que ve en los justos unas costumbres mas comunes, que su virtud no tiene una austeridad que admire y espante, que se permiten algunos inocentes placeres, á lo que les obliga mas el bien parecer,

cer, que su gusto, y que por no asustar al mundo, procuran parecerse á él en todo aquello que no condena la ley de Dios: ¡Ah! entonces triunfa el mundo de las mitigaciones de su virtud; entonces insulta á esta virtud como fácil y cómoda; entonces se alegra interiormente de hallar en los justos unas inclinaciones y unas flaquezas, aunque en la realidad no las haya, que justifican las suyas, y vive tranquilo en los desordenes del vicio, oponiéndolos á las imperfecciones de la virtud: entonces pondera las obligaciones del Evangelio, se hace un Doctor rígido y severo, y al mismo tiempo que se permite sin escrupulo los mas pecaminosos placeres, trata, con gran libertad, de culpa los mas inocentes entretenimientos de los justos; se vale de aquellas satyricas expresiones tan vulgares contra el amor propio y la vida acomodada de los justos; la virtud viene á ser la fábula y escarnio de los pecadores; y segun su dictamen, el renunciar al mundo no es mas que buscar con mas precauciones y destreza las comodidades y regalos del mismo mundo.

Y esto es lo mismo que hoy reprehende Jesu-Christo á los Judíos en nuestro Evangelio (porque el mundo siempre ha pensado y hablado de un mismo modo) Juan vino, les dice, absteniéndose de comer y beber, manifestando á la Judea un exemplar de la vida mas austera y retirada, y vosotros dixisteis que el espíritu que le movia á estos excesos era un espíritu de ilusión y furor. *Venit Joannes neque manducans, neque bibens, & dicunt: Dæmonium habet.* El hijo del hombre se dexa ver comiendo y bebiendo, proponiendo á los hombres el espectáculo de una virtud mas practicable y mas común, y acomodándose á todos para salvarlos á todos; y decís que es un hombre que gusta de regalarse, amigo de los publicanos y pecadores, y que con una vida cómoda y sensual quiere gozar de la reputación de la virtud y de la santidad, sin padecer sus mortificaciones y trabajos. *Venit filius hominis manducans, & bibens,*

Et dicunt: Ecce homo vorax, & potator vini; publicanorum, & peccatorum amicus. (a) Y así, añade Jesu-Christo; queda justificada la sabiduría de Dios en la diversidad de caminos por donde guía á sus siervos, con las insensatas contradicciones del mundo; y los juicios de los hijos de los hombres, nunca conformes entre sí, dán todos los dias nuevas armas á su justicia, para que los condene y confunda. *Et justificata est sapientia à filiis suis* (b).

Pero el mundo que condena la penitencia del Bautista no es tampoco mas indulgente con sus abatimientos. Sí, Católicos, el mundo que tanto condena la ambicion en los justos, que tan facilmente los acusa de que tienen sus fines particulares, de que son mas vivos para sus propios intereses, de que son mas delicados é impertinentes, de que apetecen mas los honores, y sienten mas las preferencias, de que se valen de la virtud para conseguir sus fines: el mundo, que tanto se alegra de poderlos echar esto en cara; este mismo mundo, lleno siempre de contradicciones, condena la humildad del Precursor. La confesion que hace á los Judios de su nada y miseria, y de la grandeza de Jesu-Christo, los aparta de él, y no le siguen como antes; sus mismos discipulos se dán por agraviados, y no pueden sufrir que se declare tan inferior á Jesu-Christo (porque muchas veces la vanidad solamente es la que hace que sigamos la reputacion de nuestros Directores, y no el deseo de que estos nos sean mas utiles) van á decirle que aquel Jesus, de quien él habia dado testimonio, se introducía tambien á bautizar, y que el pueblo le sigue en tropel: *Cui tu testimonium perhibuisti, ecce hic baptizati, & omnes veniunt ad eum.* (c) Tienen envidia de que la multitud abandone á su Maestro,

(a) *Matth. III. v. 19.* (b) *Ibidem.*
(c) *Joann. 2. v. 26.*

por seguir á Jesu-Christo, y parece quieren arguirle de que por haber ensalzado demasiadamente á Jesu-Christo se ha hecho él vil y despreciable.

Esta misma injusticia usa hoy el mundo, Católicos, contra la virtud. Nosotros á quienes tan mal parece que los que la profesan deseen puestos y dignidades, nosotros que somos tan eloquentes para ponderar los ardidés y ocultos medios de que se valen los justos para conseguir, nosotros que muchas veces los imputamos á culpa las mismas gracias y honores de que huyen, y que contra su voluntad les ha grangeado su merito; nosotros que continuamente estamos publicando que la virtud no es mas que el primer mobil de la ambicion, y que particularmenté en un reynado en que las gracias siguen á la virtud, ésta no sirve mas que de secreto camino para conseguir las gracias; nosotros mismos, Católicos, si un justo, animado de Dios, renuncia el fausto y esplendor de los honores del siglo, si sacrifica su nacimiento, su nombre, sus empleos, y sus talentos á la grandeza de la fé, y á la verdad de sus promesas para meditar en el silencio y retiro las maravillas del Señor, y los años eternos; si prefiere la seguridad del sosiego, y los consuelos de una vida santa y privada á las distracciones de la autoridad, y á los peligros de las pretensiones y esperanzas, ¿cómo miramos la grandeza de su humildad, y el heroyco valor de su abnegacion y su retiro? ¿Honramos á la religion, atribuyendolo al poder de la gracia? Ah! En estas acciones hallamos pusilanimidad y flaqueza; á una vida que sirve de espectáculo á los hombres y á los Angeles, la llamamos vida ociosa y obscura; tachamos de pereza y poquedad de ánimo los mas heroycos sacrificios, y los mas nobles pensamientos de la fé; damos á aquella sublime sabiduría del cielo, que hace que los justos miren como cieno todas las cosas de la tierra, los viles nombres de cobardía y flaqueza de ánimo; tenemos por hombres inútiles en el mundo á

unos

unos hombres de quienes no es digno el mundo; y nosotros que tanto admiramos la sencillez de vida, el desinterés y la falsa ciencia de un Sócrates, y el soberbio desprecio que manifestaban los Filósofos de las dignidades y riquezas; nosotros que no conocemos la ruindad y locura de aquellos falsos sabios que aspiraban á la gloria y á la fama, ostentando una virtud mas despreciable que el mismo vicio; nosotros mismos, Católicos, tenemos por donayre el despreciar la noble humildad de los siervos de Dios, el generoso despego de los sabios del Evangelio, y la santa magnanimidad de su fé; y tributamos á la extravagancia y á la puerilidad de la soberbia los elogios que negamos á la elevacion de la humildad, á la santa Filosofía del Evangelio, y á la mas sublime sabiduría de la gracia. Quién es el hombre, ¡oh Dios mio! ¡Qué ceguedad es la suya, pues admira todo quanto le envilece, y desprecia todo quanto puede darle estimacion!

Por ultimo; la humildad del Bautista no solamente es motivo de desprecio para el mundo, sino que su mismo zelo, aquel zelo tan prudente y tan discreto, dá al mundo ocasion de que le condene.

La impiedad de Herodías, y la flaqueza de Herodes imputan á delito en el Precursor la santa libertad de su ministerio, y queda hecho Martyr de la verdad. Muy dichoso fue el Bautista en haberla anunciado; pero aun fue mas feliz en morir por ella; fue dichoso en haberla publicado en los Palacios de los Reyes, y haberla hecho patente delante del mismo trono, en donde rara vez se oye su voz, porque se confunde con la multitud de adoradores que le rodean; pero aun fue mas feliz por haber dado con su sangre nuevo lustre á la verdad; fue dichoso por haber condenado al mundo con la generosidad de su zelo, pero aun lo fue mucho mas porque con su santo y generoso zelo dió al mundo motivo para que le condenase.

Sí, Católicos, el mundo no puede perdonar á la verdad, porque ésta en nada puede perdonar al mundo. ¿En qué boca podía ser mas respetable que en la del Precursor? Contribuían el prodigio de su nacimiento, los santos excesos de su austeridad, la fama de su virtud, la grandeza de su ministerio, los respetos que le tributaba toda Judea, el espíritu de todos los Profetas que parecía revivir en él; ¿qué instrumento mas propio podía escoger la divina Sabiduría para dar gloria á la verdad, y para confundir la sensualidad, si ésta pudiera avergonzarse, y si no fundase su gloria en su misma confusion é ignominia?

Los demás vicios parece que dexan todavia algunas reliquias de gusto, ó á lo menos, de respeto á la verdad; pero la sensualidad ha sido siempre su mas inexorable perseguidora; para ella nada hay que sea sagrado, todo quanto se opone á su pasion la hace furiosa y bárbara; la sangre, la naturaleza, la religion, la amistad, no hay derecho que no atropelle, ni vínculo que respete; no repara en los mas infames delitos quando los juzga necesarios; y al mismo tiempo que nos la representan baxo los especiosos nombres de ternura de corazon, de bondad natural, de fidelidad constante, de pensamientos nobles y generosos, es una furia armada de hierro y de veneno, que nada perdona, y que de todo es capaz contra quien se la opone ó la incomoda.

A Herodías no la mueve, ni la santidad del Bautista, ni la dignidad de su ministerio, ni la admiracion de toda Judea, que le mira como á Profeta, ni el respeto que Herodes no pudo menos de tributar á su virtud, ni finalmente las circunstancias del festin, en donde jamás habia pensado la misma barbaridad mezclar los horrores de la sangre y de la muerte con los regocijos de los banquetes. El Bautista la reprehende, condena el escándalo de su pasion y de su incesto, la dá en rostro con la infamia de que está cubierta en presencia de toda Palestina, á pesar de su clase y nacimiento, y es preciso que expie con

su sangre el delito de esta libertad, y que sacrifique al furor de su pasión aquella noble y santa víctima.

Si, Católicos, si fuera decente el mezclar con la alegría y pompa de esta augusta solemnidad la relación de los muchos espectáculos lúgubres, que todos los días está presentando la sensualidad á la tierra, veriais que la barbarie y el furor han sido en todos tiempos el carácter mas propio de este vicio, á quien llama el mundo, el flaco de los buenos corazones; le veriais con el hieiro y con el veneno en la mano, derramando el luto entre las familias, armando á la esposa contra el esposo, al hermano contra el hermano, al padre contra el hijo, y al amigo contra el amigo; abriéndose camino por todas partes para facilitar sus infames deseos con unos secretos horrores indignos de la humanidad, y hallando en la falsa ternura de un corazón lascivo las mas viles infamias, y las mayores inhumanidades, de que es capaz el corazón mas bárbaro y feroz. En esto viene á parar la infame pasión, á la que los teatros impuros dán unos nombres tan amables y tan tiernos.

Pero no pasemos mas adelante; veamos la flaqueza de Herodes. Mirad qué imperio exerce la sensualidad aun sobre los corazones mas nobles y mas bien dispuestos para ser verdaderos, humanos y justos: Herodes no tiene valor para negar la cabeza del Bautista; se estremece interiormente con el horror y barbaridad de esta injusticia; se le representa la santidad y fama de aquel Profeta; se entristece, dice el Evangelio, y contra toda su voluntad se determina á manchar sus manos con aquella sangre inocente; pero la sensualidad es quien lo pide, y á esta nada se la puede negar quando es dueña del corazón, y este su esclavo; por mas que se opongan á lo que pide este vicio el honor, la razón, la equidad, nuestra fama, y aun nuestros intereses, estos son unos motivos muy débiles, que no son atendidos; pedid á un Ministro una gracia injusta, gravosa al pueblo, y peligrosa al estado,

por

por mas que se opongan á ella su puesto, su conciencia, y su fama, si la sensualidad es quien lo pide, todo cede, y podeis estar seguros de alcanzarla: solicitud con un Grande la desgracia y pérdida de un rival inocente, cuyo pecado para con vosotros consiste únicamente en su mérito; por mas que el público se queje de esta injusticia, sois oídos inmediatamente que lo pide la sensualidad; tenga un hombre de República la desgracia de desagradar á otra Herodías; aunque sus talentos, sus servicios, y su probidad hablen en su favor, aunque padezca el estado con su retiro, si la sensualidad lo pide, es preciso sacrificarlo todo; y mas querrá el Principe atraer sobre sí el desprecio y la pública indignación, sacrificando un Ministro fiel y útil al estado, que contristar un instante al infame objeto de su pasión. Por otra parte: proponedle un sugeto tan indigno, tan sin virtud, y sin talentos, que sería vergüenza de la nación el verle ensalzado, y cuya incapacidad sería la pública deshonor; luego que la sensualidad le destina á los mas altos é importantes empleos, ya es capaz de todo; que el estado perezca entre sus manos, que padezca afrentas el gobierno, que los estrangeros se burlen, que murmuren los justos vasallos; la sensualidad le ensalzará á la cumbre de los honores, y no temerá el aumentar con la singularidad é injusticia de esta elección, la murmuración y el escándalo del vicio. ¡O pasión injusta y cruel! ¡Se necesita mas para arrancarte del corazón de los hombres, que las mismas armas de que tú te vales para cautivarlos, y engañarlos!

Esta es la recompensa que halla en la tierra el zelo del Bautista, y este es el destino de la verdad; siempre es odiosa, porque nunca nos es favorable; los Grandes, con especialidad, casi todos hacen pública profesion de aborrecerla, porque regularmente los hace á ellos aborrecibles; siempre la dan los odiosos nombres de imprudencia y temeridad, porque solamente la adulación usur-

pa para con ellos el glorioso nombre de la verdad ; son demasiado felices , porque no obstante la depravacion de costumbres en que vivimos , todavia hallan hombres que se atrevan á decirselo ; pero son dignos de lastima , porque solo la conocen para despreciarla , y se tienen por superiores á la verdad , porque lo son á todos aquellos que se la anuncian.

Nosotros , Católicos , amemos la verdad , aún quando ella nos condene ; no amemos en los hombres sino la verdad , porque solamente ella los puede hacer amables ; la adulacion y disímulo son prendas de almas baxas y mal nacidas ; el que es capaz de alabar el vicio , es incapáz de tener virtudes : despreciemos á los que nos lisongean , porque no alaban en nosotros sino lo que nos hace despreciables ; no tengamos por amigos sino á los que lo son de la verdad ; demosla una libre entrada en nuestros corazones ; salgamos á recibirla , y busquemosla , aún quando huya y se oculte de nosotros. Quanto mas ensalzados nos hallamos , mas se aleja de nosotros , y asi estamos mas precisados á alargarla la mano para que se acerque ; solamente huye de los que la temen ; amemosla , y presto la conoceremos ; y despues de haberla buscado en la tierra , será nuestra alegría , y nuestra eternidad felicidad en el cielo. Amen.



SERMON

PARA EL DIA DE SANTA MARIA MAGDALENA.

Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.

Se la perdonan sus muchos pecados , porque fue muy grande su amor. *Lucæ 7. v. 47.*

EL amor es el principio y el merito de la penitencia ; y aunque el temor del Señor es tambien don del Espiritu Santo , rara vez sucede que un dolor que no procede del amor no sea , ó un puro temor natural , ó un amor propio disfrazado. El pecado , dice San Agustin , no es otra cosa mas que el desorden del amor ; y asi el buen orden de este amor debe venir con la penitencia , pues su oficio es restablecer en el estado natural lo que habia trastornado el pecado. Nosotros solamente somos culpados delante de Dios quando amamos lo que no debemos amar ; y todos nuestros vicios no son otra cosa mas que amores injustos ; y asi , no podemos ser sincéros penitentes , sino restituyendo á nuestro verdadero bien un amor que le habiamos usurpado injustamente : de otro modo la penitencia no puede ser ni remedio del pecado , ni reconciliacion del pecador. En una palabra : El amor es quien decide de todo el hombre : Somos justos , si es arreglado ; y si es